

LA SOLUCION ES POLITICA

PARA algunos, lo que está sucediendo es el final, es, en el lenguaje coloquial, "el último coletazo". Pero para otros es el primero. Puede no ser el bunker de Adolfo Hitler en los últimos días de Berlín, sino el incendio del Reichstag. Se recuerda mucho el episodio: los nazis incendiaron lo que aún quedaba de vestigio democrático, culparon a los comunistas y comenzaron la gran represión. Pero eran otros tiempos, otras circunstancias. Otros nazis. Tenían tras ellos una mayoría del país, de un país despechado y hambriento.

SI pudiéramos contar aquí los miembros del bando de los asesinos nos encontraríamos con una minoría absoluta. Es una minoría que quiere dar un palenquetazo en el país, saltar las puertas que se le están cerrando, asaltar como sea el poder. Que se les va de las ensangrentadas manos. El problema está en estos momentos en que nadie está seguro de que de alguna forma lo vayan a conseguir o no. Más de una vez se ha dicho aquí y fuera de aquí. El problema de este país no está en el fascismo de la calle, sino en el eco que puede despertar en un fascismo interior que va otorgando a regañadientes las reformas, pero siempre con una inmensa reserva. Es también otra minoría dentro del país: pero es una minoría con poder. Cuando el Gobierno se está refiriendo a las "horas graves" en que vive nuestro país —y lo son, muy ciertamente— es seguro que no se refiere a una contabilidad de muertos, sino a todas las consecuencias que pueden traer. Estamos en un país donde el presidente del Consejo de Estado y el del Consejo Supremo de Justicia Militar están secuestrados por una organización que no se aclara: en un país donde se asesina a las fuerzas de orden público y donde se asesina a los abogados especialistas en defensa de los trabajadores. Todo ello tiene un mismo sentido. Un mismo objetivo. Pero también estamos en un país donde la comunidad entera repudia esos actos, lo hace solemne y visiblemente, protesta con un sentido de orden y de civismo y afirma continuamente su deseo de paz y de estabilidad. De estabilidad dentro de una democracia que se ha aceptado, aun con todas sus limitaciones, en un referen-

dum cuyo resultado final no dejaba lugar a dudas, pese a sus impurezas.

POR qué esta inmensa mayoría que puede considerarse como una totalización del país no puede imponerse a las ni siquiera minorías que asesinan y tratan de destrozar lo que tan laboriosamente se está construyendo? ¿Por qué estos sucesos son capaces de dar la sensación de una gravedad absoluta para el país? Este es probablemente el tema más importante del momento. Una pregunta a la que difícilmente se puede responder.

HAY un Gobierno, y ese Gobierno ha dado muestras de que trata de emprender un camino que conduzca a la normalización del país con arreglo a unos cánones admitidos en el mundo en que España está inscrita. El reflejo in-

mediato ante unos sucesos y unas provocaciones es el de que todos estemos alineados con ese Gobierno y suspendamos por un momento algunas necesidades que son fundamentales. Pero hay otro reflejo posterior: el de saber si realmente el Gobierno está incorporado, y puede estarlo de una manera visible y decisiva, a lo que requiere la mayoría de la nación. Es decir, si se ha dado cuenta claramente de un movimiento del país en los últimos días y de si puede alinearse él mismo con esa mayoría del país, como debería ser. Como es inevitable que sea, si se quiere conservar el auténtico equilibrio.

SE han alzado ya varias voces, y todas ellas de gran responsabilidad y serenidad, pidiendo que ante la nueva situación se forme un Gobierno de concentración nacional, o de cohesión na-



El vicepresidente del Gobierno para Asuntos de la Defensa, teniente general Gutiérrez Mellado, y el ministro de Gobernación, Martín Villa, durante el traslado de los cadáveres de los miembros de las Fuerzas del Orden asesinados.



Adolfo Suárez se dirige a los españoles por RTVE, tras los sucesos de la "semana negra" en Madrid.

cional. Varias de entre ellas piden que siga siendo don Adolfo Suárez quien lo presida, pero que entren a formar parte de él los representantes de las fuerzas políticas más visibles del país. Podría ser una solución, pero no es enteramente deseable. A nuestro juicio, un Gobierno de esa índole sería enormemente útil en circunstancias de las llamadas "normales". Ahora precisamente es cuando podría aumentar la confusión del país y quemar en esta etapa a figuras que deben reservarse para otro momento. La situación actual es la que procede de una serie de equívocos que han producido un Gobierno como el actual: es este Gobierno el que debe tener la entera responsabilidad de desenmascarar la situación. Si se quema, que se queme él solo. Si triunfa, que sea para él el puesto en la Historia.

LAS primeras reacciones oficiales -gubernamentales- a la gravedad de los sucesos son confusas, son equívocas. A partir de las represiones de las manifestaciones iniciales. En esas manifestaciones se ha estado pidiendo aquello mismo que el Gobierno está prometiendo y al mismo tiempo regateando: las bases para una democracia. La medida de lanzar a la calle a las fuerzas de orden público para mantener un aspecto de orden ha sido errónea. Desde hace tiempo, los Gobiernos en España están creando una división grave entre las fuerzas de orden público y sectores cada vez mayores de la opinión nacional, al

producir enfrentamientos que no tendrían razón de ser. A partir de esa situación falsa, cualquier suceso es posible, y puede revestir la gravedad en la que estamos viviendo. A partir de los sucesos iniciales, el Gobierno ha regateado de una manera incomprensible su adhesión a las víctimas. Desde la no asistencia a un entierro que fue una manifestación inmensa de algo más que respeto hacia los asesinados, que fue un respeto hacia el orden y la estabilidad del país, hasta la nota del Gobierno Civil en la que se contabilizaban los paros de adhesión con la mención de unos porcentajes que los disminuían y recortaban su verdadero alcance, pasando por las cifras de personas asistentes al duelo, que en la televisión y la radio fueron extrañamente recortadas. Todo ello parecía tener un sentido, y no era precisamente el sentido que correspondía al sentimiento nacional. La atribución de los sucesos sangrientos a extranjeros, el desvío hacia una Internacional Fascista, ayudaba también a desplazar el problema hacia una especie de evasión que nos impediría tener un conocimiento real de cuál es el bando de los asesinos.

LAS medidas posteriores de suspensión de algunos artículos del Fuero de los españoles, tras el asesinato de los agentes de la autoridad, ¿son suficientes? O, mejor dicho, ¿significan algo? ¿Es solamente dando un plazo mayor a la detención gubernativa y soslayando la autorización judicial para detencio-

nes y registros domiciliarios como se puede salvar la situación? Ciertamente que declarar la excepción, la urgencia o el estado de guerra sería contraproducente y ayudaría más a los propósitos de la subversión, y no son aconsejables. Pero ¿basta con medidas policíacas para cortar los sucesos y encontrar a los verdaderos culpables?

EL Gobierno, para responder a la necesidad y a la voluntad de la mayoría de la nación, necesitaría tomar medidas que sobrepasaran el orden técnico: medidas políticas. Necesitaría dar una respuesta al desafío tomando ya las medidas de democratización que tarda en acometer, y cuya lentitud forma parte del conjunto culpable de la situación. Tendría que legalizar los partidos políticos que siguen estando tolerados, tendría que cambiar inmediatamente el sentido de la información en la televisión, y tendría que producir una ley electoral limpia y segura, cuya tardanza está dando origen a todos los comentarios y a todas las sospechas. Frente a una democracia desafiada sólo hay que oponer una democracia asegurada. Irreversible. El Gobierno ha dado muestras de que la democracia podría ser contenida, y no debe sorprenderle que traten de contenerla por las vías habituales.

EL Gobierno, entre sus medidas técnicas y políticas, tendría que sustituir en los puestos de mando y responsabilidad a quienes son enemigos de la democracia que quiere el país y actúan como tales. Tendría que dejar de subvencionar y mantener a sus propios enemigos y a los de la mayoría de la nación.

LA pregunta clave, una vez más, es si puede hacerlo. Si puede forzar el tiempo para acumular todas estas medidas. Si no, el tiempo se le va de las manos, y con él el país entero.

LA ocasión que tiene ahora es la mejor de su mandato. Tiene detrás un país que repudia el crimen y que repudia también lo que el crimen significa y busca. Sabe quiénes son sus aliados -quiénes somos sus aliados- y sabe también quiénes son sus enemigos. Combatir a sus aliados para tranquilizar a sus enemigos es una táctica que el tiempo transcurrido le ha permitido ver ya que es errónea. Sus enemigos no se aplacan y sus aliados desconfían. Y se separan.

SI deja pasar esta ocasión será ya demasiado tarde. Porque no sabemos si algo está terminando o algo está empezando. Y las sospechas de que en realidad puede estar empezando son lo suficientemente graves como para estar en una situación de alarma permanente.